

Economía

Para comunicarte con esta sección:
economicnt@gmail.com

La deuda externa: arma de dominación de clase

Los problemas económicos más evidentes suelen tener causas lo bastante profundas como para escapar a una primera intuición. Así, es difícil sospechar que algo tan sutil como el endeudamiento de un estado pueda estar detrás del aumento de la malnutrición en un país del "Tercer Mundo". La deuda externa es, a su vez, un problema de primera magnitud, pero de raíces profundas. Formalmente, es un mecanismo por el cual unos países transfieren recursos a otros. Pero por encima de todo, activa una cadena estado deudor-estado acreedor que transfiere recursos de los trabajadores de los países endeudados al capital transnacional. Tiene, por tanto, una dimensión de clase predominante.

Miguel Montanyà*

Cuando hablamos de deuda externa nos referimos a los créditos que estados del Sur tienen suscritos con acreedores internacionales, ya sean bancos, otros estados o instituciones financieras internacionales como el Fondo Monetario Internacional (FMI) o el Banco Mundial.

La importancia de estudiar la deuda externa como fenómeno económico radica no sólo en que su carga reduce el margen de maniobra de los estados deudores, sino en que éstos satisfacen su pago, en la práctica, mediante políticas que transfieren a los trabajadores dicha carga.

La deuda externa se contrae en moneda extranjera (por lo general, en dólares), pero se devuelve también en divisas; si un estado suscribe un crédito y no le da un uso susceptible de generarlas, su pago supondrá que dejará de haber moneda extranjera para otros usos, como la importación de maquinaria o medicinas. Esta doble cualidad de la deuda externa de comprometer las cuentas públicas y las exteriores tiene consecuencias dramáticas en las economías subdesarrolladas, y opera reforzando su inserción subordinada en la economía mundial.

El Sur subordinado

A pesar de haber obtenido su independencia formal, los países situados económicamente al Sur han continuado sometidos a relaciones de dependencia con respecto a los centros capitalistas. Éstas se mantienen por mecanismos más sutiles que la dominación militar directa, entre los cuales se cuenta la deuda externa, pero también el apoyo a golpes de estado, la corrupción y otras injerencias por parte de las potencias ex-coloniales y neo-coloniales.

La respuesta de las élites locales a esta realidad siempre ha sido acomodaticia en general; ello contrasta con un movimiento obrero y campesino crecientemente organizado que ha tendido a optar por la transformación social. Esta disyuntiva alcanzó su punto de máximo durante los años setenta: el capital mundial afrontaba una prolongada crisis que auguraba la caducidad del modelo posbélico de relaciones laborales. En aquellos años, cada continente vivía procesos revolucionarios en mayor o menor medida contagiosos.

Es en este momento cuando se redobla el apoyo de "Occidente" a las dictaduras del llamado "Tercer Mundo" (especialmente en el África subsahariana), y se impulsan nuevas oleadas totalitarias (destacando América Latina). Gobiernos ilegales como el de Mobutu en Zaire, Pinochet en Chile, la Junta Militar argentina y muchos otros recibieron la asistencia diplomática y militar de países desarrollados (sus futuros acreedores externos). En lo fi-

nanciero, este apoyo se materializó en un caudal de créditos que no tenía precedentes. Eran tiempos de crisis productiva en el Norte y de liquidación de capitales, que pasaron en masa a buscar su valorización por cauces especulativos. Se propició así un auge de las finanzas internacionales que aumentó enormemente la disponibilidad de fondos para los estados y empresas del "Tercer Mundo".

La llamada "crisis de la deuda" comenzó a gestarse cuando este torrente de créditos, suscritos a tipos de interés variables, fue empleado para el sostenimiento militar de las dictaduras (compras de armamentos) y para el consumo suntuario de las élites a las que apoyaban. En ocasiones, la deuda suscrita a título personal por estos sectores fue asumida por el propio Estado, como sucedió en 1980 en Argentina.

La llegada al poder de Thatcher en el Reino Unido y de Reagan en EE.UU. abrió la veda a las políticas económicas neoliberales en los países centrales. Las consecuencias financieras de este hecho fueron devastadoras en las economías subdesarrolladas. Por un lado, a raíz de las políticas restrictivas implementadas se duplicaron los tipos de interés en EE.UU.; é-

La deuda externa es un instrumento de dominación de clase al servicio del capital transnacional

tos eran la referencia para calcular el tipo de la deuda externa, por lo que se multiplicó el esfuerzo necesario para su pago.

A ello se suma que el comercio exterior fue especialmente adverso para aquellas economías, lo que frenó sobre todo su acceso a las divisas que se necesitaban para pagar los créditos. Este alza en la carga de la deuda, junto a la caída de la capacidad de pago, afectaron a decenas de países, y causaron en 1982 la mayor cadena de bancarrotas de la historia, conocida como "crisis de la deuda". La suma cuyo pago quedaba en entredicho llegó a hacer peligrar la estabilidad de bancos importantes, especialmente de EE.UU. Desde entonces, la consigna para hacer frente a la situación fue evitar que la quiebra se contagiase a los acreedores.

Los trabajadores asumen la carga de la deuda

Los estados del Sur aceptaron renegociar los pagos de la forma más desventajosa posible: cada uno acordaría individualmente sus reestructuraciones de crédito frente al lobby de estados acreedores (club de París) y al cartel de bancos prestamistas (club de Londres) organizados

bajo los auspicios de las instituciones financieras internacionales, centradas en agilizar el pago de la deuda. Desde entonces ofrecen asistencia financiera a los "países en dificultades" a condición de realizar "planes de ajuste estructural", que no son otra cosa que paquetes de medidas neoliberales, presentadas bajo un maquillaje desarrollista que plantea fiar en el mercado la conducción del proceso de desarrollo. Estas políticas fueron aplicadas en general con una profundidad mucho mayor de la que han alcanzado en Europa o EE.UU.; ello se debe sin duda a la propia carga de la deuda, pero no fue menos importante la destrucción de organizaciones obreras llevada a cabo por las dictaduras encumbradas en la década anterior.

Mediante privatizaciones, desmantelamiento de prestaciones sociales, "desregulación" de los mercados y recortes en los derechos de los trabajadores, se crearon espacios privilegiados para la rentabilidad del capital transnacional a costa de los salarios. Pero por otro lado, los Estados han recaudado recursos para el pago de la deuda mediante unas políticas que han ahondado la destrucción económica y facilitado enormemente la fuga de capitales (que preserva las ganancias de los capitalistas locales).

Las consecuencias de los "planes de ajuste estructural" en los países endeudados fueron devastadoras en muchos aspectos: deprimieron las economías volviéndolas más vulnerables, y provocaron importantes aumentos de la pobreza, causando a menudo retrocesos en indicadores básicos de supervivencia (como la esperanza de vida al nacer). Y a pesar de todo, el monto de deuda externa se triplicó en los años ochenta.

El desastre económico y humanitario causado por las políticas requeridas ha obligado a los organismos impulsores a reformularlas en varias ocasiones (Plan Brady, iniciativa PPAAE, Estrategias de reducción de la pobreza, etc.). De entre ellas destaca, por su vigencia actual y su impacto publicitario, la iniciativa para los Países Pobres Altamente Endeudados (PPAAE o HIPA, por sus siglas en inglés). A partir de 1996, se elaboró una lista de los países pobres de mayor endeudamiento (al principio, 42), a los que se condonaría hasta 100.000 millones de dólares de deuda. Pero por aquel entonces, la deuda total del Tercer Mundo era veinte veces mayor, y el alcance de la iniciativa ha sido limitado a países tan pequeños que el 80 % de los pobres del planeta queda fuera de esta ini-

ciativa. Los países "elegidos" deben implantar un nuevo plan de ajuste estructural, cuyos resultados son analizados en una etapa posterior por el FMI, quien recomienda la cantidad en que se debe "ayudar" al país. El criterio bajo el cual se decide esta suma es la "sostenibilidad macroeconómica de la deuda": se busca dejar al país en un nivel de endeudamiento que le permita seguir pagando deuda sin riesgo de quiebra.

Pero incluso este objetivo queda en entredicho cuando se comprueba que el grueso de la lista de "elegidos" por el programa son víctimas de "planes de ajuste estructural", sumidos en crisis tan profundas que requieren un flujo regular de ayuda externa. A largo plazo la deuda continuará aumentando sin indicios de que lo haga la capacidad de pago. Por ello, la iniciativa PPAAE, más que una solución al problema, provee mecanismos para alargarlo.

¿Qué pasa con España?

El Estado español detenta en torno al 3 % de la deuda externa bilateral mundial a largo plazo, y a menudo presenta su posición acreedora como instrumento de cooperación al desarrollo, cuando en realidad es utilizada como palanca para crear espacios de ganancia privada en países de interés comercial. Aproximadamente la mitad de la deuda actual proviene del Fondo de Ayuda al Desarrollo (FAD), pero estos créditos no se dirigen prioritariamente a los países más empobrecidos: entre los principales destinatarios encontramos a China, México, Indonesia, Argentina, Honduras o Argelia. A ello se añade que el uso de los créditos FAD está sujeto a la contratación de bienes y servicios a empresas españolas, con lo que se convierte en un mecanismo de penetración comercial y generación de beneficios para el donante, mientras aumenta la dependencia comercial del receptor. El estado también ha instrumentado sus propias medidas para esconder una actuación frente al problema de la deuda externa. Así, en 2006 se aprobó la Ley de Deuda Externa, que se limita a disponer algunas cancelaciones u otros cambios menores, pero deja bien lejos la posibilidad de abolir este mecanismo de dominación.

Movimientos de oposición

En cierta medida, tanto la iniciativa PPAAE como la Ley de Deuda Externa son respuesta a demandas realizadas por movimientos de solidaridad arraigados en países desarrollados que, partiendo de principios como la ciudadanía o la legalidad, conciben la deuda externa esencialmente como elemento de dominación entre países. En parte por ello, resulta escasa la capacidad de influencia de estos movimientos más allá de la investigación y la concienciación.

Ello contrasta con el tratamiento del problema en los movimientos del Sur, ligados más directamente a la lucha en la esfera del trabajo, que engloban la reivindicación de la abolición de la deuda externa en el marco de estrategias de subversión del sistema que carga éste y otros problemas sobre los trabajadores de los países empobrecidos.

Según el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, un gasto anual de 80.000 millones dólares (la octava parte del presupuesto militar de EE.UU.) durante diez años bastaría para garantizar el acceso universal a la educación básica, cuidados sanitarios mínimos, alimentación adecuada y agua potable. La deuda del "Tercer Mundo" supone al año una factura cuatro veces mayor. La deuda externa es un instrumento de dominación de clase al servicio del capital transnacional. Es preciso enfocar el problema en estos términos para comprenderlo. Y para combatirlo.

* Miguel Montanyà es economista.

Una triste y vieja historia que sigue clavando sus garras:

El origen de la deuda externa de la América Latina



Manifestación por la eliminación de la Deuda externa. / AGENCIAS

Hace ya bastantes años que dejé mi residencia en las Américas, período de mi vida que se prolongó 36 años. Ya entonces las nefastas consecuencias del endeudamiento de las naciones latinoamericanas, sobre todo en las de la América Central, manifestaban con toda la crudeza la deshumanización característica del capitalismo "a todo dar, mano", que diría mi amigo Pancho. Los países de esta región de las Américas, por su trayectoria desde hace muchísimas décadas entre otros aderezos, se hicieron acreedores del nada halagador título de "Repúblicas Bananeras", y por si hubieran sido pocos los abusos anteriores de la "Gran Nación del Norte" tratando de arreglar sus trapisondas económicas, ahora aplicaban inmisericordes más atropellos urgentes para la resolución chapucera de sus problemas económicos.

Luiz Pey

En secuencia al artículo, entro a continuación a copiar textualmente de la página 78 de mi libro *Lacio América* (que como se adivina fácilmente significa América Latina), escrito hace más de 20 años:

"[...] Pero bueno, hasta aquí, entre ilusiones y esperanzas, todavía se vivía bastante aceptablemente en . Finalmente, al terminar la década de los 70 e iniciarse los 80, otra vez las naciones latinoamericanas se toparon con la mala suerte, esa señora, ¡tan mal educada!, que aunque uno la eche de casa con cajas destempladas siempre vuelve.

La historia de, desde su nacimiento, ha venido marcada por ambiciones de naciones foráneas, unas veces manifestadas de manera brutal, a la brava, y otras de manera más sutil, porque las naciones poderosas necesitaban un chivo expiatorio para su equilibrio financiero. [...] Pero dejémonos de circunloquios y empecemos una pequeña narración de sucesos:

[...] En el principio hízose el euro-dólar, miles y miles de millones en danza por ahí, que nadie, excepto De Gaulle, había pedido reconvertir. En el año 1970, en un periodiquito local de Las Vegas leí una noticia, al parecer sin importancia, perdida en unas pocas líneas de páginas interiores: en el año 69, por primera vez después de muchos años, los EE.UU. pre-

sentaron balanza comercial (*clearing*) negativa. La noticia escueta no hacía referencias al Vietnam. Los EE.UU. bajo el mandato de Kennedy iniciaron una escalada en la guerra del Vietnam con la idea de, mediante un dumping de 8 ó 10.000 millones de dólares, reactivar algunas industrias y de paso cauterizar el peligro del odioso Ho Chi Min. Y no sé si por este

Me imagino, que las transnacionales, por medio de los papeles firmados, se apoderarán de todo el movimiento económico que valga la pena en Lacio América

motivo, o quizá por éste y otros coadyuvantes, la oferta de trabajo -disminución de paro- aumentó notablemente en los EE.UU. al principio de la era Kennedy. En aquel mismo año que pasé en Las Vegas, no me perdía un estuendo programa de televisión, que se transmitía los domingos de costa a costa a las once de la mañana, hora del Este: "Meet the Press", por el que desfilaban todos los personajes extranjeros de realce que pasaban por Washington, y también americanos.

En la ocasión a que quiero referirme había sido invitado el senador William Fulbright, de-

mócrata de Arkansas, a quien preguntaba uno de los panelistas: "Senador, ¿no podríamos pedir a la URSS que nos ayuden a salir de ese lío en que estamos metidos?". Con una sonrisa, casi desdeñosa, Fulbright le respondió: "¡No, hombre! ¡No!, los rusos están encantados con tenernos ahí enfangados gastando decenas de miles de millones de dólares al año, mientras

ellos se despachan con apenas unos pocos cientos de millones en ayuda a los del Norte". Como bien razonaba el senador del grupo de los "dove" (palomas), muy desafortunadamente, para desgracia del fracasado proyecto kennediano, que iniciaran Eisenhower y Foster Dulles, aquellos amarillitos menudos no habían respondido a las expectativas científicas de las computadoras del Pentágono, y el coste económico se les había salido de madre a totales catastróficos.

Así que en el 71 Nixon tuvo que desvalorizar el dólar, Nixon abolió la cobertura oro. El

petróleo (y el oro) le sacaron la mano a cachetadas al dólar altanero (US\$) y brotaron los petro-dólares. Y llegaron del oriente unos jeques cargados de dinero que pusieron en manos de los sabios financieros. Había que colocarlo, el dinero no puede tomarse vacaciones ociosas, y Lacio América no sería el paraíso del inversionista, pero el tiempo corría, y después de sopesar sabiamente sus decisiones, concluyeron que con una estrategia bien diseñada a medio-largo plazo todo podría remediarse. No les fue difícil encontrar latinoamericanos ignorantes unos, venales otros, que acogieron alegremente a los financieros y sus condiciones, expuestas con la laxitud y simpatía características de los prestamistas interesados en el momento del préstamo.

La década de los 70 se caracterizó por los desastres padecidos por el otrora omnipotente dólar. Tal fue su debilidad que durante unos días lo rechazaron todas las bolsas de Europa, y no se cotizaba, ni al alza, ni a la baja, ni a nada, nadie lo quería. Pero claro, los EE.UU. son los EE.UU., y ahí le fueron echando una mano Japón y los países europeos "soberanos". Los americanos por su parte, al final del gobierno de Carter, su jefe de la Reserva Federal -tratando de sacar del estado comatoso a su divisa- mandó subir los tipos de interés a cifras escandalosas, que inmediatamente repercutieron sobre los préstamos a los países subdesarrollados, porque la letra pequeña de los contratos señalaba tipos "fluctuantes", martingala recién inventada.

Y las cañas se tornaron lanzas. Los financieros se quitaron la careta de cara bonachona, y mostraron descaradamente su pico penetrante y garras de zamuro, que agarran a la presa y no la sueltan hasta dejarla monda y lironda. En la fecha antes indicada, finales de los 70, principios de los 80, los ajustes económicos impuestos desde las naciones poderosas, reclamados ahora con urgencia, se materializaron en facturas al cobro sin derecho al protesto, con un incremento sobre el rédito anteriormente pactado ¡Naturalmente!, y las naciones de Lacio América han caído en situación de desastre. Yo no sé cómo va a acabar todo esto, me imagino, digo me imagino, que las transnacionales por medio de los papeles firmados se apoderarán de todo el movimiento económico que valga la pena en Lacio América. Así veo yo las antes citadas estrategias a medio-largo plazo, porque lo que es cobrar-cobrar en efectivo, cargando esos escandalosos réditos usurarios, lo dificulto, y bastante mejor que yo lo saben esos muchachos financieros tan bien preparados. No sé si a la larga al pobre diablo asalariado le irá mejor con sus nuevos amos que con los de antes, pero -me parece- en el cambio de piel y ajuste, las van a pasar bastante peludas, porque los gobiernos de no cuentan con recursos para proporcionar una asistencia social al paro que tanto van a necesitar."

Para profundizar:

- Luiz Py Dorbox, *Lacio América de 1951 al 86: información para españoles que no han estado*, Edición del autor, Morón de la Frontera, 2001.

* **Luiz Pey** es autor del libro *El hecho religioso: apuntes para un catecismo ateo*.